

# SANTI, SANTUARI, PELLEGRINAGGI

Atti del seminario internazionale di studio,  
San Giuseppe Jato - San Cipirello, 31 agosto - 4 settembre 2011

a cura di  
ALESSANDRO MUSCO E GIOVANNA PARRINO



2014

Tutte le collane editoriali dell'Officina di Studi Medievali sono sottoposte a valutazione da parte di revisori anonimi. Il contenuto di ogni volume è approvato da componenti del Comitato Scientifico ed editoriale dell'Officina o da altri specialisti che vengono scelti e periodicamente resi noti.

---

All the editorial series of the Officina di Studi Medievali are peer-reviewed series. The content of the each volume is assessed by members of Advisory Board of the Officina or by other specialists who are chosen and whose names are periodically made know.

## Sommario

MASSIMO CULTRARO	1
<i>Le fontane ardenti degli Dei: fenomeni geologici e pratiche di culto nella valle del Platani durante la Preistoria</i>	
CARMELO MONTAGNA	15
<i>Thòlos: struttura di culto, potere e salvezza nell'architettura protostorica siciliana. Luoghi, reperti e relazioni fra mito e realtà del paesaggio archeologico</i>	
MARIA VASSALLO	35
<i>Il pellegrinaggio nella tradizione tantrica</i>	
PERE VILLALBA I VARNEDA	45
<i>El primer santuari europeu</i>	
NATALE SPINETO	61
<i>Pellegrinaggi nel mondo romano? Il caso del santuario di Diana Aricina</i>	
SALVADOR RUS RUFINO	71
<i>El Auto de los reyes magos y la cultura europea</i>	
MARÍA ASUNCIÓN SÁNCHEZ MANZANO	89
<i>El auditorio de la fiesta. Vocabulario latino y retórica</i>	
FERNANDO DOMÍNGUEZ REBOIRAS	101
<i>Il Cammino di Santiago e la volontà di superare l'orizzonte del tramonto</i>	
LUCIANA PEPI	121
<i>Tempo e spazio nelle feste ebraiche</i>	
ANTONIO REGUERA FEO	131
<i>Ester y las dulces orejas</i>	
IOLE TURCO	137
<i>Educational opportunities for women. The cultural experience of a holy woman in early medieval England</i>	

---

JESÚS PANIAGUA PÉREZ <i>Gregorio López: hagiografía de un iluminista del siglo XVI en la Nueva España</i>	145
SEBASTIANO MANNIA <i>Il consumo del sacro. Feste lunghe di Sardegna quarant'anni dopo</i>	165
ROSA PARISI <i>Pellegrinaggi in Puglia: dalla «cartografia devota» alla memoria della carne</i>	183
FERDINANDO MAURICI <i>Il Parco Archeologico di Jato e l'Antiquarium di Case D'Alia</i>	201
VITO FRANCESCO POLCARO - ALBERTO SCUDERI <i>Presenze archeologiche del IV Millennio nella Valle dello Jato Il megalite astronomico, monumento alla misura del tempo</i>	205
GIOVANNI FILINGERI <i>Pizzo Petralunga: il monolite al confine di due divise della jarida (1182)</i>	223
ANTONIO ALFANO <i>L'insediamento medievale nella valle dello Jato e del Belice destro: i primi risultati dalle ricognizioni di superficie</i>	237
FILIPPO SALAMONE <i>L'eremo-santuario dei santi Cosma e Damiano a Monte Jato</i>	269
MARIO SCAMARDO <i>XXI Luglio Maria SS. della Provvidenza - u vint'unu</i>	287
GIOVANNA PARRINO <i>A Mmaculatedda e la voce della notte: religiosità tradizionale a San Giuseppe Jato</i>	297
SERGIO BONANZINGA <i>La "chiamata" dell'Immacolata ad Altofonte</i>	309
TOMMASO INDIA <i>Il culto della Madonna della Grazia a Ventimiglia di Sicilia</i>	317

## 1. *La Fiesta de la Epifanía*

En el año 1164 el Emperador Federico Barbarroja de la casa Staufen donó al arzobispo de Colonia Reinald von Dassel, que le había acompañado en su condición de Canciller del Imperio en la campaña militar a Milán, los restos mortales de los tres Reyes Magos de Oriente. El preciado tesoro fue trasladado inmediatamente de Milán a Colonia. Desde entonces miles de peregrinos de toda Europa acuden a venerar las reliquias. Esta constante peregrinación desempeñó un papel muy destacado en la vida de la ciudad, tanto espiritual como económicamente. Aún hoy las coronas de los tres Reyes Magos adornan el escudo de Colonia.

San Mateo es el único evangelista que menciona la adoración de los tres Reyes, que él denomina Magos, es decir, sabios, consejeros de reyes de la antigüedad. Su relato está cargado de hermosos símbolos, como la estrella que los guía y los mantiene en el camino día tras día, o los regalos que se ofrecen a Jesús. El oro era el metal perfecto y se regala a un rey. En general significa la imagen de la luz solar y, por consiguiente, de la inteligencia divina. El incienso, litúrgicamente, simboliza las plegarias que se elevan al cielo. Según la Biblia, el incienso es una forma de rezar, de dirigirse y hablar con Dios. Conforme a las prescripciones de la Iglesia se incensan cosas y personas en señal de reverencia. En la simbología religiosa, la mirra es emblema de muerte y sacrificio; es amarga, aromática y tiene forma de lágrimas. A lo largo de la Historia la tradición y la religiosidad popular hacen sus aportaciones a este entrañable tema. Hasta el siglo IV no se estableció que los Reyes Magos eran tres. Es curioso notar que después del descubrimiento de América, se representó en ocasiones a Baltasar como un jefe indio, es la influencia de los tiempos y de la necesidad de mostrar la universalidad del mensaje evangélico. En el siglo IX se les designó por primera vez con sus nombres actuales y que todos nos sabemos de memoria, aunque según qué lugares, el orden es distinto, por ejemplo, en Alemania. En lo referente a la estrella que les mostraba el camino y señaló el lugar dónde podían encontrar a Jesús, se hicieron conjeturas sobre una triple conjunción de los planetas Júpiter y Saturno a su paso por Piscis. La tradición afirmó que esa gran estrella roja, una vez concluida su misión, estalló como una flor de luz, y que sus trozos se esparcieron por todo el mundo y sus fragmentos se convirtieron en rubíes. En esta antiquísima fiesta de los Reyes Magos, que podemos datar en la primera mitad del siglo IV, celebramos que el Señor se muestra a todas las naciones, no sólo a la judía, puesto que los tres Reyes Magos eran unos paganos y pertenecían a unos países muy alejados de Israel. Esta apertura universal ya estaba profetizada en el Antiguo Testa-

mento en Isaías 60, 1-6, y quedó corroborada por San Pablo en su Carta a los Efesios 3, 2-3 y 5-6. La fiesta de la Epifanía que se celebra el 6 de enero, coincide con la que en la región de Egipto y Arabia, se celebraba el solsticio de invierno con evocaciones míticas muy antiguas. Los paganos conmemoraban el aumento de la luz a los trece días de haberse dado este cambio, con una fiesta simbólica y lujosa. Esta celebración es el antecedente de lo que sería la Adoración de los Reyes, y, como ocurre con la fiesta de la Navidad, la Iglesia Católica trató de cristianizar estas fiestas paganas, cargadas de simbolismo, contenido rituales y tradición.

## 2. ¿Quiénes eran los Reyes Magos?

Buscar en los orígenes de esta tradición nos lleva irremediablemente a uno de los Evangelios de la Biblia, el de San Mateo. En el capítulo dos, versículos uno al doce, se narra como unos Magos, guiados por una luminosa estrella, llegaron a Belén para adorar y ofrecer sus místicos dones al recién nacido Mesías, burlando a Herodes.

Pero el mismo San Marcos no ofrece detalles sobre su origen, ni siquiera afirma que fueran reyes, por lo que muchos autores consideran que el evangelista, que escribía para los judíos, los utilizó como recurso para realzar la naturaleza divina y el carácter de Jesús como Mesías. Existen interpretaciones que dicen que los Reyes Magos podrían haber sido astrólogos babilonios o sacerdotes persas, cultivadores de las ciencias –particularmente la astronomía – desde un punto de vista teológico. Tampoco cita San Mateo el lugar o reino del que procedían, aunque todo apunta a Babilonia o Persia. Esto podría ser cierto porque Babilonia era un gran centro astro-lógico, donde al igual que Persia, los magos eran una casta con mucha influencia. Lo más probable es que llegasen a Jerusalén no muchos meses después de que naciera Jesús. En cuanto al número de magos, se acepta el de tres, teniendo en cuenta el número de presentes ofrecidos. No obstante en determinadas representaciones pictóricas, por razones de perspectiva o capricho del autor, sólo aparecen dos o, en otras ocasiones, cuatro. Los tres nombres que han llegado hasta nosotros en la tradición occidental –*Melchor, Gaspar y Baltasar* – no son los nombres primitivos u originales de los Magos, los cuales se desconocen por completo (San Mateo tampoco los menciona). La representación de uno de los Reyes Magos como un hombre de raza negra no comenzó hasta el siglo XIV. El monje benedictino, Beda el Venerable, doctor de la Iglesia, los describió así en un códice: «Melchor, anciano de blancos cabellos y larga barba del mismo color; Gaspar, más joven y rubio; Baltasar, negro». Beda los consideró representantes de Europa, Asia y África, para así acentuar la soberanía universal de Cristo sobre todas las razas y países. Los nombres son distintos en diversas lenguas. En griego, *Appellicon, Amerín y Damascón*; en hebreo, *Magalath, Galgalath y Serakin*. Los armenios suponen que fueron 12, por lo que

les asignan doce nombres diferentes. Su destino, tras la adoración, fue incierto. San Mateo sólo dice que regresaron a su país por otro camino para burlar a Herodes. La tradición piadosa afirma que fueron discípulos de Santo Tomás. Otros afirman que fueron consagrados obispos y murieron martirizados hacia el año 70 de nuestra era. Otro de los enigmas de los Reyes Magos más estudiados es la naturaleza del brillante astro que les condujo hasta la presencia de Jesús. Para muchos autores no era sino un cometa o meteoro luminoso. Hay quien mantiene que pudo tratarse del cometa Halley. Kepler, en 1606, afirmó que pudo nacer de la conjunción triple de dos planeta, Saturno y Júpiter, en la constelación de Piscis. Por último, en la biblioteca de la Universidad de Salamanca se encuentra un curioso códice del siglo XV, titulado *Historia de los Reyes Magos*, plagado de citas del Antiguo Testamento, que relata la trayectoria de éstos durante y después de la adoración. Destaca el episodio de las tentaciones que sufrieron los tres Reyes a cargo de Satanás. Podemos conjeturar la evidencia no-bíblica a partir de un significado probable de la palabra *magoi*. Heródoto (I, 101) es una autoridad para suponer que los Magos eran de la casta sagrada de los Medos, que proveían de sacerdotes a todo el inmenso reino de Persia y, dejando de lado vicisitudes dinásticas, siempre mantuvieron sobre sus dominios influencia religiosa. Al jefe de esta casta, Nergal Sharezan, Jeremías da el título de *Rab-Mag*, «Mago-Jefe» (Jeremías 39, 3; 39, 13, en el hebreo original, las traducciones de los Setenta y de la Vulgata son aquí erróneas). Después de la caída del poder de Asiria y de Babilonia, la religión de los Magos perdió influencia en Persia. Ciro sometió totalmente a esta casta sagrada y su hijo Cambises la reprimió severamente. Los Magos se sublevaron y pusieron a Gaumata, su jefe, como Rey de Persia con el nombre de Smerdis. Sin embargo, fue asesinado (521 a. C.), y Darío fue nombrado rey. Esta caída de los Magos fue celebrada en Persia con una fiesta nacional llamada *magophonía* (Heródoto, III, LXIII, 73-79). No obstante, la influencia religiosa de esta casta sacerdotal continuó en Persia a través del gobierno de la dinastía Aqueménida (Ctesias, *Persia*, X-XV); y no es inverosímil pensar que en tiempos del nacimiento de Cristo fuese bastante floreciente bajo el dominio parto. Estrabón (XI, 3), finalmente, dice que los sacerdotes magos formaron uno de los dos consejos del Imperio parto. La tradición patristica y católica es elocuente también. Ningún Padre de la Iglesia sostuvo que los Magos tenían que ser reyes. Tertuliano (*Adv. Marcion.*, III, 13) dice que fueron de estirpe real (*ferre reges*), y por eso coincide con lo que se ha concluido en la evidencia no-bíblica.

Por otra parte, la Iglesia en su liturgia aplica a los Magos las palabras: «Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán presentes; los reyes de Arabia y de Saba le traerán sus regalos: y todos los reyes de la tierra le adorarán» (Salmo 71, 10). Pero este uso del texto refiriéndose a ellos no prueba más que eran reyes que viajaban desde Tarsis, Arabia y Saba. Como frecuentemente sucede, una acomodación litúrgica de un texto ha venido a ser considerada con el tiempo una interpretación auténtica fuera de él. No eran magos (*magicians*), el significado correcto de *magoi*, aunque no se

halla en la Biblia, es requerido por el contexto en el segundo capítulo de San Mateo. Estos Magos pueden no haber sido otros que miembros de la casta sacerdotal anteriormente referida. La religión de los Magos era fundamentalmente la de Zoroastro y prohibía la hechicería; su astrología y habilidad para interpretar sueños fue ocasión de su encuentro con Cristo, y muy relacionado con las discusiones teológicas del Avesta. La narración evangélica no menciona el número de Magos, y no hay una tradición cierta sobre esta materia. Varios Padres hablan de tres Magos; en realidad se hallan influenciados por el número de regalos. En el Oriente, la tradición habla de doce obsequios. En el cristianismo primitivo las representaciones artísticas tampoco son concluyentes porque encontramos en algunas pinturas a dos, en otras tres, cuatro y hasta ocho. Los nombres de los Magos son tan inciertos como su número. Entre los Latinos, desde el siglo VII, encontramos ligeras variantes en los nombres, Gaspar, Melchor y Baltasar; el Martirologio menciona a San Gaspar el primero de Enero, San Melchor el día seis y San Baltasar el once. Los sirios tienen a Larvandad, Hormisdas, Gushnasaph, etc.; los armenios Kagba, Badadilma, etc. Dejando de lado la noción puramente legendaria según la cual representan a las tres familias que descienden de Noé, aparecen como provenientes de «Oriente» (Mateo, 2, 1, 2.). Al oriente de Palestina sólo la antigua Media, Persia, Asiria y Babilonia tienen un sacerdocio de Magos en el tiempo del nacimiento de Cristo. Los Magos vinieron desde alguna parte del Imperio Parto. Probablemente cruzaron el desierto de Siria, entre el Eúfrates y Siria, llegando a Haleb (Aleppo) o Tudmor (Palmyra), recorriendo el trayecto hasta Damasco y hacia el sur, en lo que ahora es la gran ruta a la Meca (*darb elhaj*, «el camino de los peregrinos»), continuando por el Mar de Galilea y el Jordán por el oeste hasta cruzar el vado cerca de Jericó. No hay tradición precisa de la denominada tierra “del oriente”. Según San Máximo y Teodoto de Ancyra es Babilonia. San Clemente de Alejandría y San Cirilo de Alejandría dicen que es Persia; según San Justino, Tertuliano y San Epifanio el lugar es Arabia.

### 3. *Tiempo y circunstancias de la Adoración de los Reyes Magos*

La visita de los Magos tuvo lugar después de la Presentación del Niño en el Templo (Lucas 2, 38). Los Magos habían partido poco antes de que el ángel dijese a José que tomase al Niño y a su Madre y fuese a Egipto (Mateo 2, 13). Antes Herodes había intentado infructuosamente que los Magos retornasen, lo que deja fuera de toda duda que la presentación ya habría tenido lugar. Surge con ello una nueva dificultad: después de la presentación, la Sagrada Familia volvió a Galilea (Lucas 2, 39). Se piensa que este retorno no fue inmediato. Lucas omite los incidentes de los Magos, la huida a Egipto, la matanza de los Inocentes y el retorno desde Egipto, y retoma la historia con la vuelta de la Sagrada Familia a Galilea. Nosotros preferimos interpretar



las palabras de Lucas como indicando un retorno a Galilea inmediatamente después de la presentación. La estancia en Nazaret fue muy breve. Tiempo después la Sagrada Familia volvió probablemente a permanecer en Belén. Entonces vinieron los Magos.

Era «en tiempos del rey Herodes» (Mateo 2, 1), i. e., antes del 4 a. C. (*Ab Urbe Condita* 750), fecha probable de la muerte de Herodes en Jericó. No obstante, sabemos que Arquelao, hijo de Herodes, sucedió como etnarca a su padre en una parte del reino, y fue depuesto o en su noveno año (Josefo, *De bello iudaicum*, II, VII, 3) o en el décimo (Josefo, *De antiquitatibus iudaearum*, XVII, XVIII, 2), durante el consulado de Lépido y Arruntio (*Dion Cassius*, LV, 27) en el año 6 d. C. Por otra parte, los Magos vinieron mientras el rey Herodes estaba en Jerusalén (vv. 3, 7), no en Jericó, esto sitúa el hecho sobre el comienzo del año 4 a.C. o al final del 5 a. C. Por último, eso fue probablemente un año, o un poco más de un año, después del nacimiento de Cristo. Herodes preguntó a los Magos el tiempo en que apareció la estrella. Considerando esto como el tiempo del nacimiento del Niño, mató a los varones de dos años para abajo en Belén y sus alrededores (v. 16). Algunos Padres concluyen de esta cruel matanza que los Magos llegaron a Jerusalén dos años después de la Navidad (San Epifanio y Juvencio). Su conclusión tiene visos de probabilidad; aunque la matanza de los niños de dos años puede haberse debido a alguna otra razón, por ejemplo, al temor de Herodes de que los Magos le hubiesen engañado en lo que a la aparición de la estrella se refiere, o que los Magos se hubiesen equivocado en la unión de la aparición de la estrella con el nacimiento del Niño. Arte y arqueología favorecen este punto de vista. Únicamente un monumento primitivo representa al Niño en el pesebre mientras los magos lo adoran; en otros Jesús permanece sobre las rodillas de María y bastante crecido, es decir, ya no era un recién nacido. Desde Persia, de donde supuestamente vinieron los Magos, hasta Jerusalén había un trayecto de entre 1400 y 1700 kilómetros. En semejante distancia debieron emplear entre tres y doce meses en camello. Además del tiempo del viaje, necesitaron probablemente varias semanas de preparación. Los Magos pudieron haber llegado a Jerusalén un año o más después de la aparición de la estrella. Pero ¿era realmente una estrella? Para unos podría ser un cometa, que es lo que se representa habitualmente en los nacimientos, otros piensan que pudo ser la conjunción de dos planetas, Júpiter y Saturno o Júpiter y Venus y algunos se inclinan por pensar que era una *stella nova* que aumentó de repente en tamaño y brillo y luego se apaga. Estas teorías dejan de lado la explicación de que «la estrella que habían visto en el oriente, estaba delante de ellos hasta que vino a pararse sobre el lugar donde estaba el Niño» (San Mateo 2,9). La posición de una estrella fija en el cielo varía al menos un grado cada día. Una estrella no fija pudo moverse delante de los Magos hasta conducirles a Belén. Ninguna estrella fija ni ningún cometa pudo haber desaparecido y aparecido ni tampoco pararse. La Estrella de Belén sólo pudo haber sido un fenómeno milagroso, como fue la columna de fuego que permaneció en el campamento durante el Éxodo de Israel (Éxodo 13, 21), o el «resplandor de Dios» que brilló en torno a los pastores

(San Lucas 2, 9), o «la luz proveniente del cielo» que abatió a Pablo de Tarso que supuso su conversión (Hechos de los Apóstoles 9, 3). La filosofía de los Magos, aunque errónea, les condujo en su viaje hasta que encontraron a Cristo. La astrología de los Magos postulaba una contrapartida celestial como complemento del hombre terreno y condicionaba por completo la personalidad humana. Su «doble» se desarrollaba junto con cada hombre bueno, unidos los dos hasta la muerte. La aparición repentina de una nueva y brillante estrella sugirió a los Magos el nacimiento de una persona importante. Ellos vinieron a adorarlo, esto es, a conocer la divinidad de un Rey recién nacido (vv. 2, 8, 11). Algunos Padres, por ejemplo San Ireneo, pensaron que los Magos vieron en «su estrella» un cumplimiento de la profecía de Balaam: «Una estrella brillará sobre Jacob y un cetro brotará de Israel» (Números 24, 17). Pero en el paralelismo de la profecía, la «Estrella» de Balaam es un gran príncipe, no un cuerpo celeste; no es probable que en virtud de este mensaje profético los Magos siguieran a una estrella especial del firmamento como un signo del Mesías.

Por alguna razón, la tradición hebrea sobrevivió en Persia. Por otra parte, Virgilio, Horacio, Tácito (*Historia*, V, 13) y Suetonio (*Vespasiano*, IV) dan testimonio de que, en tiempos del nacimiento de Cristo, había por todo el Imperio Romano una inquietud y expectación generalizadas sobre una Edad de Oro y un gran liberador. Podemos admitir sin dificultad que los Magos estaban guiados por tales influencias hebraicas y romanas que flotaban en el ambiente y que hablaba de que un Mesías estaba a punto de llegar. Pero debió de ser alguna revelación especial divina el motivo por el cual conocieron que “su estrella” significaba el nacimiento de un rey, que ese rey recién nacido era verdadero Dios y que debían seguir “su estrella” hasta el lugar del nacimiento del Dios-Rey, como afirmó San León.

La venida de los Magos causó gran conmoción en Jerusalén; todos, incluso el rey Herodes, escucharon su pregunta. Herodes y sus sacerdotes deberían haberse puesto contentos con las noticias, pero estaban tristes. Llama la atención que los sacerdotes mostrasen a los Magos el camino, de lo cual se deduce que no habrían hecho el camino por sí mismos. Los Magos siguieron la estrella unos nueve kilómetros hacia el sur de Belén, «y entrando en la casa, encontraron al niño» (v. 11). No hay razón para suponer que el Niño aún estaba en el establo. Los Magos adoraron al Niño Dios, y le ofrecieron oro, incienso y mirra. Dar regalos obedecía a una costumbre oriental. Desde muy antiguo se han encontrado numerosos y variados significados simbólicos en los tres regalos.

Los Magos escucharon en sueños que no volviesen a Herodes y «volvieron a su país por otro camino» (v. 12). Ese camino pudo haber sido un camino por el Jordán, de tal manera que eludiese Jerusalén y Jericó; o un rodeo hacia el sur a través de Berseba, al este del camino principal (ahora la ruta de la Meca) en el territorio de Moab y allende el Mar Muerto. Se dice que después de su retorno a su patria los Magos fueron bautizados por Santo Tomás y trabajaron mucho para la propagación de la fe en Cristo. La historia es narrada por un escritor arriano no antes del siglo VI y escribe sobre los Magos algo que es claramente legendario.

#### 4. ¿Qué sentido tiene el Auto de los Reyes Magos?

Los investigadores coinciden en señalar que el texto que se nos ha conservado, escrito en el escaso espacio que dejaba un códice, encierra una serie de *misterios* que son los que vamos a exponer a continuación que se refieren al lugar donde se escribió, al autor, el contenido temático y su final.

El *Auto de los Reyes Magos*, de autor desconocido, es la obra teatral más antigua de la literatura española. Su composición debe remontarse a mediados del siglo XII. Puesto que la voz *auto*, en su acepción teatral, no se documenta hasta, aproximadamente, el año 1300, y la obra es de mediados del siglo XII, Fernando Lázaro Carreter propone llamarla *Representación de los Reyes Magos*. El estudio de la lengua del manuscrito le permitió a Ramón Menéndez Pidal fijar la fecha de su composición hacia mediados del siglo XII, hacia el año 1150. De este modo, rectificaba la datación anterior – basada en datos paleográficos y sostenida en la edición de la obra que realizó en el año 1900 – que la situaba a comienzos del siglo XIII.

Se conserva un texto, para muchos incompleto, de 147 versos polimétricos – con predominio de alejandrinos, eneasílabos y heptasílabos – polimetría que constituye un anticipo lejano de esa variedad de metros que caracterizará nuestro teatro del Siglo de Oro.

La obra se inicia con los sucesivos monólogos de los tres Reyes, en los que cada uno declara haber visto una estrella milagrosa que indica el nacimiento del Niño Dios, así como su propósito de ir a su encuentro para adorarlo. De camino, los Reyes se encuentran, y deciden peregrinar juntos. Para cerciorarse de la divinidad de Jesús, Baltasar idea un original ardid: si entre los presentes que le ofrezcan – oro, mirra e incienso – al recién nacido, éste elige el incienso, no habrá la menor duda de su divinidad.

Podríamos plantearnos tres cuestiones. Primera, ¿por qué se ponen en camino los Reyes al ver esa estrella desconocida en el cielo? Segunda, ¿qué sentido tienen los tres presentes que ponen a los pies de un niño recién nacido los Reyes Magos? Tercera, ¿qué significado preciso tienen los tres presentes?

##### 4.1. El significado del viaje y el encuentro

Los científicos actuales dicen que entorno al año primero de la era cristiana, hubo un gran movimiento de estrellas y planetas en el cielo. La naturaleza se rendía ante la llegada de todo un Dios a la tierra. Las estrellas, algo tan difícil de conocer para los hombres, se hincaban de rodillas y adoraban, como lo harían más tarde los Magos, al recién nacido que era perfecto Dios y perfecto hombre. Un acontecimiento que los hombres del pueblo elegido durante mucho tiempo habían ansiado ver y conocer.

Dice el relato bíblico que no había lugar en la posada de Belén. Los hombres

no querían complicaciones con una joven pareja que traía al mundo su primer hijo. ¡Qué horror una primeriza! Lo que se puede montar: gritos, complicaciones, alboroto que no nos dejará dormir a los demás vecinos. Y luego el recién nacido llorando a deshoras. No hay sitio. Nada de complicaciones por favor estamos llenos y no hay lugar aquí. Y se fueron donde las bestias vivían, lejos de la mirada de los hombres. El misterio más grande, aquel que los cielos anunciaban, se realizó ante la mirada amorosa de dos mansos animales que fueron los primeros en darle el calor, el amor, que los hombres, creados a imagen y semejanza de Dios, le negaba aquella criatura con la que Dios concluyó la creación, ese ser inocente, como lo pinta Miguel Ángel en la Capilla Sixtina que tenía el poder de dominar la tierra. Un calor que era el amor negado por los hombres.

Pero lejos de allí, a muchos kilómetros de distancia, había tres sabios de corazón limpio y puro, dedicados a conocer la naturaleza y a comprender, en la medida de sus cortas luces, la creación y así participar del poder creador que Dios reserva para los sabios y humildes. Para ellos, los tres al mismo tiempo, porque son la analogía de la Trinidad, un mismo hecho provocó el entendimiento de tres personas distintas, que decidieron encaminarse hacia el encuentro que definirá y marcará toda sus vidas. Los tres sin dudar lo dejaron todo: casa, familia, alumnos, prestigio, riquezas, todo y se fueron a buscar aquello que las estrellas anunciaban: un hecho extraordinario que cambiaría toda la historia de la Humanidad.

Es curioso, Dios nace ante la mirada pura de los animales. Le adoran en primer lugar unos pastores, también criaturas puras y que estaban durmiendo después de una jornada de duro trabajo. Y finalmente, tres sabios que consumen la vida buscando la verdad allí donde esté, sin importar lo difícil que pueda ser llegar a conocerla. Científicos que estaban apurando la copa de la naturaleza y para encontrar al final de ella a Dios, como decía un famoso físico alemán. Los tres sabios reyes usaron el mismo método que en sus investigaciones: había que llegar conocer qué había detrás de esos sucesos extraordinarios, sin duda, un hecho excepcional. Y llegados al lugar donde esa estrella de luz, la luz de la fe, la luz del amor que todo lo ilumina, se paró, allí había un ser indefenso, pequeño pero luminoso, todo un Dios. La curiosidad científica y el deseo sincero y vehemente de conocer la verdad fue lo que les llevó a ponerse en camino para, y eso es lo que el *Auto* quiere subrayar, que Dios se manifestara a todo el género humano, y por medio de los Magos a los hombres de todos los tiempos y lugares.

El *Auto*, con sorna y picardía, pone de manifiesto que los tres Reyes optaron por la humildad. Si la soberbia los hubiera cegado, si la vanidad los hubiera impulsado a decir, se acabó, esto no puede ser, no se habría realizado la Epifanía, la manifestación de Dios a los hombres, a todos los hombres que fueron una vez y para siempre, Melchor, Gaspar y Baltasar. Tres hombres sabios, buenos y a los que Dios escogió para decir: ha nacido el Redentor y el Rey de Reyes. Por tanto, lo primero que pone de relieve el *Auto* es que el sabio es humilde y busca sinceramente y por

todos los medios la verdad que se manifiesta en el proceso de búsqueda.

Pero volvamos al camino. Cuando los tres tomaron la decisión desde tres puntos distintos y no relacionados entre sí, habría, al menos en un principio, un motivo humano. Primero, la curiosidad por conocer mejor ese fenómeno extraordinario. Segundo, el ansia de todo sabio por desvelar él antes que nadie, la explicación del misterio. Tercero, no arrugarse o dejarse llevar por el desaliento ante una nueva situación que escapaba del control humano. Seguro que en cada uno anidaba el miedo al fracaso, a lo desconocido y al qué dirán si en una ocasión no tenemos una explicación convincente. Cada uno, desde su cómodo laboratorio y casa, tomó lo que pudo y se marchó a buscar la verdad que comparecía ante sus ojos.

Comenzó el camino y en un lugar se encontraron. ¿Cómo fue ese encuentro? Suspicious y lleno de gozo. El primer anuncio de lo que esperaba a quien perseveraba en el camino, quien luchaba conocer la verdad que es el encuentro de tres inteligencias privilegiadas movidas por un sentimiento inexplicable. ¿Cómo fue posible entenderse en distintas lenguas? Porque el *Auto* nos presenta a tres reyes que hablan el mismo idioma. Lo que muestra es que el corazón y la razón de todos estaban llenos por el mismo deseo y exigía unir las fuerzas. Tres sabios reyes del mundo a la búsqueda de algo que todavía no se conocía. Dios los mantenía en la penumbra, como se mostrará al final con los rabinos, en la dificultad de la vida ascética. Para llegar a Él y reconocerle se exige una purificación, un desprenderse de todo para sólo amarle a Él. Dios se recrea en nosotros porque somos su más perfecta y maravillosa creación. Es la lección que transmite el texto del *Auto*.

¿En qué momento los impulsos humanos cedieron a los divinos? No lo sabemos, pero seguro que la estrella brillaría con fuerza cegadora cuando las capacidades humanas se plantearan abandonar. Dios se muestra por causas segundas, causas indirectas. Por eso cuando Herodes quiso engañarlos, la inteligencia de los tres Reyes que no buscaba ya una explicación humana al fenómeno de la estrella, pudo discernir con claridad que el Rey, con toda su majestad y poder, era un ser insignificante. En ese momento ya sabían moverse en el plano divino, en el plan de Dios que respeta la libertad de cada uno, pero sirve de luminaria para decidir no seguir los dictados y las exigencias del poder humano.

Y llegados a Belén la estrella desveló el secreto. Ante un niño indefenso, pobre, unos padres jóvenes, una casa, o pesebre sin más adorno que la dignidad del ser humano, calentado por el buey y la mula, dos seres inferiores al toro y el caballo, allí se desveló con claridad la razón de ser el viaje: todo cuanto hay en los cielos y la tierra, todo depende de Dios y su existencia, o inexistencia, no añaden nada a su grandeza, señorío y poder. Él quiere al hombre y juega con él en el orbe de la tierra, como dice en el Génesis. Fuera de Él nada de cuanto existe le puede aumentar ni un pequeño punto de su grandeza, de su hermosura, de su felicidad, de su dicha, de su poder, de su gloria. Él es el que es, existe por sí mismo, los demás somos porque Él quiere, es decir, no somos nada.

#### 4.2. *Los tres presentes*

El misterio estaba revelado. Ahora había que agradecer la lección al maestro y entregarles los presentes. Amor, gratitud y humildad. Y eso fue lo que los tres hicieron con sus ofrendas: reconocer a Niño Jesús como Dios e inclinarse ante su magisterio. Los motivos humanos se habían convertido en motivos divinos. Dios había purificado la intención con tiempo, esfuerzo y paciencia. El hombre sólo se había puesto en sus manos y Él había hecho la obra maestra: llevarlos a su presencia, porque los tres Reyes tenían una intención pura: conocer la verdad.

Los tres regalos no están escogidos al azar. El oro es uno de los metales (sino el primero) más valiosos del mundo. Bíblicamente hablando, el oro es símbolo de las cosas más preciadas del carácter y personalidad de Dios y del poder que puede acumular el hombre.

El oro es símbolo de: realeza, dignidad, autoridad y soberanía. Representa gobierno, posición, absolutismo y dominio. Este metal es una representación del carácter firme del hombre, y de su reinado. El oro da seguridad, influencia e identidad al que lo posee.

En el libro de San Mateo vemos a los Reyes abriendo sus tesoros a Jesús. Ellos le darían lo mejor que poseían. Trajeron desde lejos todos sus tesoros para adorarle y al verlo, pusieron a sus pies lo más significativo, valioso y profético: el oro, que en el contexto señalado representa la rendición total de su influencia, poder, autosuficiencia y dominio a los pies de Jesús. El oro como presente a los pies de Jesús significaba que los Reyes tomaban su realeza, posición y dignidad y la sometían a quien consideraban superior a ellos. Toda su identidad, rango, seguridad e influencia la cedían a Jesús. Dicho de otra forma, ellos se sometían, se sujetaban y en obediencia total rendían sus coronas a recién nacido.

El incienso era la sustancia aromática que se quemaba en el Tabernáculo de Moisés y en el Templo de Salomón sobre el altar de oro. Sólo podía ser preparado a través de la fórmula dada por Dios a Moisés (Éxodo 34-36) y era para uso exclusivamente sagrado. Poseía un simbolismo muy profundo y espiritual. Tenía que ser quemado en el santuario cada día y cada noche como ofrenda agradable al Señor. El incienso acompañaba necesariamente a cierto tipo de ofrendas al Señor como parte de ellas (símbolo de la adoración), a las ofrendas de harina, primicias y a los panes de la proposición (Levítico 2,1, 2, 15; 24,7).

El incienso era ofrecido una vez al año en el Lugar Santísimo en la Fiesta de la Expiación (Día del Perdón Levítico 16, 12-13). Dios, como medida disciplinaria, castigaba a los que no ofrecían el incienso ante Él, según sus mandatos. Recordemos la muerte de Coré y sus seguidores y la lepra del rey Uzías por ofrecerlo mal a Dios, al igual que Nadab y Abiu (Levítico 10, 1-2). El incienso ofrecido era sólo para Jehová, el cual se encendía en ira cuando Israel lo ofrecía a otros dioses paganos en los lugares altos. Isaías (Isaías 66, 2-3) y Jeremías (Jeremías 6, 19-20), señalaron que

Jehová rechazaba el incienso ofrecido si el corazón del oferente no era recto.

El incienso era un símbolo de la oración, y de la purificación según ambos Testamentos (Salmo 141, 2; Apocalipsis 5, 8) y era algo muypreciado y costoso. El incienso también era obtenido a alto precio para perfume, de árboles de Arabia y África (Jeremías 6, 20; Cantares 3, 6). Era un buen símbolo del amor o del enamoramiento entre dos personas. Este incienso era colocado en una vasija llamada incensario, en la cual también se colocaba el fuego para que ardiera en el culto judío.

La mirra es la traducción de tres vocablos hebreos y dos griegos que aparecen en el Antiguo y Nuevo Testamento. En el Génesis 37, 25, lo correcto hubiese sido colocar la palabra *ládanio* y no mirra (el término hebreo Lot) que hacía alusión a la resina fragante de la estepa (cistus Cretius), planta muy abundante en Palestina y cuyo producto es muy apreciado en Oriente. En el libro de Ezequiel aparece la palabra “quiddha”, que en realidad es casia y no mirra (Ezequiel 27, 19). En el libro de Apocalipsis, en el 18, 13, la palabra que aparece es “Myrón”, que significa unguento.

Las palabra Mor (en hebreo) y smyrna (en griego), son las que traducen apropiadamente “Mirra”. La mirra es la resina fragante de la “Commiphra myrrha”, planta que abunda en el sur de Arabia, Etiopía y Somolilandia. Si la mirra se extrae de árboles nuevos, puede ser líquida (Cantares 5, 5,13), o puede ser sólida, en cuyo caso es cristalina, roja, semitransparente y frágil. La mirra era usada en perfumería y medicina; también para embalsamar cadáveres. Según Éxodo 30, 23, debería ser un componente importante del aceite de la unción, el cual era sagrado y cuya fórmula provenía de Dios mismo a Moisés.

Lo importante de la mirra en dicha fórmula es que debía ser “mirra excelente”. Era para el aceite de la santa unción, para uso santísimo. San Mateo escribe, que la mirra se contaba entre los elementos valiosos de los Magos. Era parte de sus tesoros reales. La mirra fue usada también aprovechando sus cualidades soporíferas, mezclándola con diversas bebidas ofrecidas a personas torturadas. Jesucristo mismo, rehusó el vino (vinagre) mirrado antes de morir (Marcos 15, 23).

Algunos comentaristas del Nuevo Testamento ven en la mirra una alusión al reinado de Cristo, basado en sus padecimientos en la muerte de cruz. Bajo esta interpretación el pasaje nos lleva a la adoración, y en este caso la mirra tiene un hondo significado. Es importante recordar que los Magos de Oriente venían para adorar al niño Jesús. El gozo expresado al encontrar al niño con su madre es la expresión de una exuberancia de sentimientos, les llevó a abrir sus tesoros y ofrecerle sus dones. Los Magos de Oriente reconocieron en Jesús al Dios encarnado. La mirra vino a ser el regalo que anunció proféticamente momentos muy amargos en la vida del Mesías. El sufrimiento y la negación continua de sí mismo sería la constante en su peregrinar por la tierra. La mirra es representativa de aflicción, dolor, angustia, tiempos de amargura, sufrimiento y muerte. La mirra vino a ser el símbolo de “humillación plena” en la vida de Cristo.

El oro entregado por los Magos a Jesús era un reconocimiento de su realeza; el

incienso, un homenaje supremo a su divinidad y la mirra, un anuncio a sus padecimientos como Redentor de la humanidad.

Estos tres regalos expresaron proféticamente su naturaleza divina y humana, así como sus funciones de Rey, Profeta y Sacerdote. La mirra es el ingrediente que faltaba para hacer de la adoración una ofrenda agradable al Padre. Es el ingrediente que indica que el adorador debe siempre tener una actitud de humillación y sujeción a los designios soberanos de Dios.

#### 4.3. *El encuentro con la ambición*

En su camino visitan al rey de Judea, muestra de su respeto hacia quien posee la autoridad y domina el territorio, y le informaron del objeto de su viaje. Herodes, sorprendido y confuso por esta revelación, les asegura a los Reyes que también él irá a adorar al Niño Dios. Había leído las Escrituras y no reconoce en el anuncio de los Reyes más que una amenaza a su cargo, su posición y su poder. Miente y trata de convencer la fina inteligencia los Magos con malas intenciones.

Pero cuando los Reyes se marchan, Herodes llama a sus consejeros para que le asesoren, y estos fingen no saber nada, si bien uno de ellos denuncia esta falsa ignorancia. Y con esta discusión entre rabinos termina el fragmento conservado que, aunque breve, permite comprobar el instinto dramático de su autor, que se manifiesta en la habilidad para caracterizar a los personajes – Baltasar, ingenioso; Herodes, hipócrita; los rabinos, confundidos, etc. –, confirmando a los diálogos un fuerte realismo y así ajustar el verso a la intención del hablante y, sobre todo, para disponer las escenas de forma tal que las situaciones conflictivas se plantean en toda su intensidad dramática.

La escenografía es inexistente, porque la representación de la obra – como la de cualquier primitivo drama litúrgico de tipo eclesiástico – solía tener lugar dentro de las iglesias o en el atrio de las mismas.

Lo extraño es que mientras en Belén y Jerusalén unos pocos se enteraban de que Dios habitaba junto a ellos, unos hombres guiados por un signo extraordinario se lanzaron a buscarlo. Si algún extraño fenómeno se produjo en el cielo, sólo estos tres sabios fueron capaces de comprenderlo e interpretarlo. Mediante estos hombres queda clara la revelación o *epifanía* de Jesús al mundo pagano.

Pero en contraste con la actitud de los Magos, el autor del texto nos muestra la indiferencia de la mayor parte del pueblo judío por temor a Herodes. El gobernante de Galilea había implantado el terror en toda la región y adquirido el favor de Roma. Su poder se basaba en la adulación a quienes eran más poderosos que él y el atropello a quienes podía dominar. Pero ahora su corona se veía amenazada por alguien que posiblemente era más fuerte que él. Si bien el militar aliado de Roma se mostraba sumiso al imperio, en Palestina era sanguinario y cruel. Tal era su falta de escrúpulos que condenó a muerte a sus cuñados Artistóbulo y José. Mandó matar a Marianne, la única mujer que amó de entre las diez que tuvo. Asesinó a Alejandra madre de



Marianne y a todos los parientes podían disputarle el trono. Su piedad tampoco pudo alcanzar a su hijo al cual mandó a matar. El historiador Flavio Josefo, relata su crueldad y con lujo de detalles cuenta cómo fueron sus últimos días aquejado de fuertes padecimientos a causa de sus enfermedades.

Cuando los Magos se acercan para interrogarlo sobre el rey que había nacido, Herodes ya estaba enfermo. Con la actuación de un astuto actor experimentado en las lides políticas, les muestra su aparente interés por enterarse del poderoso hombre que venían buscando. Acuciado por la enfermedad se alarma llevado por un miedo invencible fruto de superstición. Se sentía atormentado noche y día por la idea de una posible traición, que lo condujo a un estado de paranoia extrema. No creía en el Mesías, pero su nombre o mención lo hacía temblar. Su miedo estaba fundado en que antes de la visita de los Magos se comentaba la idea de que el Mesías estaba por llegar y le arrebataría el trono. Entonces, reunió a unos pocos escribas y fariseos interrogándolos acerca de las profecías anunciadas por los profetas. Ante la pregunta de ¿dónde tiene que nacer el Mesías?, los príncipes y sacerdotes se alarmaron de la ignorancia del aliado de Roma, que parecía haber olvidado todas las enseñanzas contenidas en el texto sagrado con el que se formaban los judíos. Entonces con la contundencia de las Escrituras le respondieron que era en Belén, pues así lo aseguraba el profeta Miqueas.

Un ser mermado en sus facultades físicas, tarado intelectualmente y suspicaz ante todos, no podía entender y comprender la verdad que se estaba manifestando en su tierra. Su voluntad y su razón estaban cerradas y, por eso, busca el consejo y la autoridad doctrinal de sabios que tiene a la mano y que temen contradecirles y darle malas noticias.

#### *4.4. El diálogo de los rabinos: la verdad se muestra*

Llegamos a la última escena del manuscrito conservado. Herodes había pedido de forma nerviosa y apresurada a su mayordomo que trajera a todo el séquito de sabios y todo aquel que le pueda arrojar luz sobre lo que cree que es una amenaza para su trono. En la quinta y última sección los “sabios”, que son rabinos, dan las razones que pueden a Herodes y dos rabinos se enfrentan sobre el significado e incluso la existencia de las Escrituras que profetizaban la venida del Mesías.

Escena V

*(Salen los Sabios de la corte)*

[Los Sabios]:

Rey, ¿qué te place? Henos venidos.

Herodes:

¿Y traedes vuestros escritos?

Los Sabios:

Rey, sí traemos,  
 los mejores que nos habemos.  
 Herodes:  
 Pues catad,  
 decidme la verdad,  
 si es aquel hombre nacido  
 que estos tres reyes me han dicho.  
 Di, Rabí, la verdad, si tú lo has sabido.  
 Rabí 1:  
 Por veras vos lo digo  
 que no lo fallo escrito.  
 Rabí 2:  
 ¡Hamihalá! ¡Cómo eres enartado!  
 ¿Por qué eres rabí llamado?  
 Non entiendes las profecías,  
 las que nos dijo Jeremías.  
 Por mi ley, ¡nos somos errados!  
 ¿Por qué non somos acordados?  
 ¿Por qué non decimos verdad?  
 Rabí 1:  
 Yo non la sé por caridad.  
 Rabí 2:  
 Porque no la habemos usada,  
 ni en nuestras bocas es fallada.

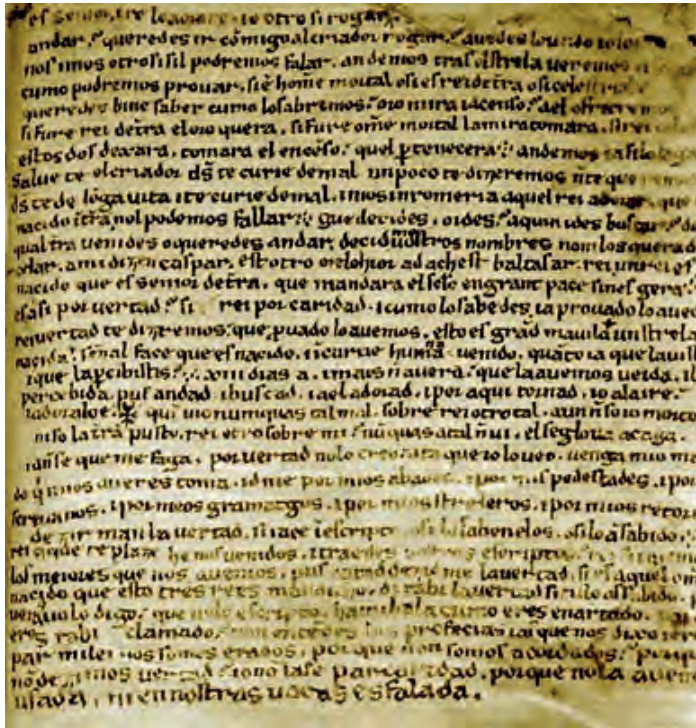
En la escena final aparecen una serie de cuestiones que muestran cuál es el origen y el posible autor del *Auto*, así como los temas centrales que aborda y que conectan el texto directamente con los debates filosóficos que tuvieron lugar en el renacimiento del siglo XII.

La escena plantea varias cuestiones. ¿Qué es la verdad? ¿Cómo la conocemos? ¿Cómo podemos probarla y comunicarla? Y, finalmente, ¿qué significado tiene lo que vemos?

La palabra *ver*, que aparece 16 veces, sirve al autor para reforzar la semejanza fonética entre *verdad* y *saber*. Es la primera sílaba de la *verdad* y la última de *saber*. Esto tendría su efecto en el espectador, mucho más habituado que nosotros al juego de las palabras. Mediante el léxico el autor subraya cuál es la esencia del texto: conocer la naturaleza la *verdad* y el valor de las pruebas para formar un juicio certero sobre un hecho extraordinario o cualquier otro hecho.

Este objetivo del autor está claramente expuesto en la disputa de los rabinos. Es el único en la historia de la literatura medieval española y está al final de la obra, que, pese a todos los que opinan lo contrario, es el final porque según se ve en el manuscrito, el copista puso un punto final grueso, más grueso que el resto, para indicar que ahí terminaba la obra. Y esto puede ser cierto, porque, además el reconocimiento

de la falta del pueblo judío por parte del segundo rabino, podría suponer un buen colofón y moraleja para el *Auto*. Un autor –o recolector de tradición oral, no olvidemos– cristiano de la época podría considerar piadoso, e incluso necesario, el hecho de recordar a los judíos españoles la necesidad de la conversión a la *vera religio*.



En la discusión entre los rabinos se trata de la interpretación correcta y la veracidad de las profecías del *Antiguo Testamento* que anunciaban la llegada del Mesías. En él aparecen los temas que los filósofos del siglo XII trataban y que hemos citado: naturaleza de la verdad, dificultad para probarla y conocerla, etc. que posteriormente serán objeto de debate entre los profesores de las universidades.

Una primera lectura del texto, sin reparar demasiado en que son dos los actores, puede llevarnos a la conclusión equivocada de que los rabinos permanecen ciegos ante la revelación que han hecho los Reyes Magos, que se aferran a una interpretación de las Escrituras que les impide ver qué están narrado los extranjeros. Representan a la Sinagoga como aparece en la iconografía de la época: una mujer con los ojos vendados porque adopta una actitud de ceguera frente a la revelación divina. ¿Podemos mantener esta posición? No, por dos razones. La primera porque los dos rabinos reaccionan de forma diferentes ante el mismo hecho. Segunda, porque la información les llega filtrada a través de la opinión que Herodes les ofrece. Centremos la atención en la primera.

El primer rabino, que se siente turbado y confuso, sí parece estar ciego. Por eso confiesa su ignorancia y recibe el reproche su compañero. Sin embargo, el segundo rabino vislumbra la verdad, pero no la alcanza a comprender con claridad (vv. 142-143) y, por tanto, como sería su deber ante el requerimiento de Herodes, no puede llegar a comunicarla. Este rabino es el representante de la Concordia que se representa Cristo liberando a la Sinagoga del velo y ésta ve y comprende. Como relata San Juan en su evangelio, cuando llegó al sepulcro y lo encontró vacío y los lienzos dispuestos allí, dice que “vio y creyó” (San Juan, 20, 8). San Bernardo de Claraval en su obra *Ludus de Antichristo* de 1160, y en la representación que el abad Suger de Saint Denis (muere en el año 1151) puso en el primer medallón de la Iglesia de la Abadía donde se coronaban los reyes franceses, muestran cómo Cristo con una mano se corona y con la otra quita el velo a la Sinagoga. Estos hechos están en relación con lo que se dice en el *Auto*: los no cristianos ven la verdad pero no la comprenden.

El texto termina ahí abriendo la puerta a la esperanza. La escena podría haber tenido lugar en Toledo, donde vivían y convivían las tres culturas, que era a su vez un centro intelectual de primer orden donde acudían autores y pensadores de todo el mundo. Bien podría haber llegado por allí un peregrino que haciendo el Camino de Santiago conociera el texto de San Bernardo y, también, la representación de Saint Denis y la plasmara en el texto. Por tanto, estaríamos ante una obra europea que planteaba una cuestión muy interesante. El debate entre la nueva y la antigua erudición y la autoridad intelectual que se concede a cada una. El *Auto* es una obra que refleja con perfección las sensibilidades y los debates teóricos y teológicos que se estaban produciendo en el siglo XII.

La deducción no deja de ser un puro ejercicio de probabilidades, pero si hablamos de probabilidades, lo más plausible es que el *Auto de los Reyes Magos* siga siendo un apasionante cúmulo de misterios y atrayentes datos histórico-lingüísticos, que convendría desvelar y estudiar en profundidad.

### *Bibliografía*

- A. DEYERMOND, «El Auto de los Reyes Magos y el renacimiento del siglo XII», en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Veruert, Frankfurt 1989, vol. 1, pp. 187-194.
- D. HOOK-A. DEYERMOND, *El problema de la terminación del Auto de los Reyes Magos*, en «Anuario de Estudios Medievales» XIII (1983), pp. 269-278.
- R. LAPESA, «Mozárabe y catalán o gascón en el Auto de los Reyes Magos», en *Miscellània Aramon i Serra*, Curial, Barcelona 1983, vol. III, pp. 277-294.
- ID., «Sobre el *Auto de los Reyes Magos*: sus rimas anómalas y el posible origen de su autor», en *Homenaje a Fritz Krüger*, Mendoza 1954, vol. 2, pp. 591-599.
- F. LÁZARO CARRETER, *Teatro medieval*, Editorial Castalia, Madrid 1965.

- 
- R. MENÉNDEZ PIDAL (ed.), *Auto de los Reyes Magos, en sus Textos medievales españoles*, Espasa-Calpe, Madrid 1976, pp. 171-177.
- I. SOLDEVILA, «Para aclarar la controversia en torno al llamado Auto de los Reyes Magos», en *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, Gredos, Universidad de Oviedo y Madrid 1985, vol. II, pp. 475-481.
- R. E. SURTZ (ed.), *Auto de los Reyes Magos*, en «Teatro Castellano de la Edad Media» 13 (1992), Madrid, pp. 64-74.
- B. W. WARDROPPER, *The Dramatic Texture of the Auto de los Reyes Magos*, en «Modern Language Notes» 70 (1955), pp. 46-50.

